

# Quién hace filosofía: fronteras de la filosofía y el pensar con otros

## *Reflexiones a partir de la experiencia del café filosófico*

Silvana Vignale [\(1\)](#)

**Resumen** : A partir de la experiencia del café filosófico El Oráculo (Mendoza, Argentina) este trabajo reflexiona en torno a la posibilidad de la filosofía: quién es quien filosofa, ¿todos podemos filosofar? Y antes de intentar una respuesta, pensar qué es la filosofía, si ella tiene límites que nos indicarían cuándo un diálogo, una práctica, una reflexión, es filosófica y cuándo no.

*“Tal vez no se pueda plantear la pregunta ¿Qué es la filosofía? hasta tarde, cuando llegan la vejez y la hora de hablar concretamente. De hecho, la bibliografía es muy escasa. Se trata de una pregunta que nos planteamos con moderada inquietud, a medianoche, cuando ya no queda nada por preguntar. Antes la planteábamos, no dejábamos de plantearla, pero de un modo demasiado indirecto u oblicuo, demasiado artificial, demasiado abstracto, y, mas que absorbidos por ella, la exponíamos, la dominábamos sobrevolándola. No estábamos suficientemente sobrios. Teníamos demasiadas ganas de ponernos a filosofar y, salvo como ejercicio de estilo, no nos planteábamos que era la filosofía; no habíamos alcanzado ese grado de no estilo en el que por fin se puede decir: ¿pero que era eso, lo que he estado haciendo durante toda mi vida?” (Deleuze, 1993, p . 9).*

La filosofía ha salido de los claustros. No nos sorprende ya encontrarnos sentados en un café filosófico, en un debate en un museo o en experiencias donde la filosofía se cruza con otras disciplinas. Pensar estas prácticas desde la filosofía supone un ejercicio filosófico. Intentaremos aquí vislumbrar los supuestos de estas prácticas y sus tensiones en relación al pensar y a la pregunta por lo filosófico. Guiaré este ejercicio a través de dos preguntas:

1)¿Hay un límite entre lo que es y lo que no es filosofía?

2)¿Cualquiera puede hacer filosofía? ¿Es para todos?

Una pregunta intermedia a ambas será si es posible pensar con otros.

Me centraré, en principio, en aquellos supuestos relacionados con las prácticas llevadas a cabo en cafés filosóficos, como responsable de uno de ellos (El Oráculo, Mendoza). Metodológicamente se puede iniciar la práctica de varias maneras: comenzar por la lectura de un texto breve, por una breve exposición, por preguntas sobre un tema determinado. ¿Pero a dónde se quiere llegar con ello? A un diálogo entre los participantes.

El objetivo central de la práctica es intentar un diálogo filosófico ¿qué se supone aquí? En cuanto a la dialéctica como modo de llevar adelante la práctica, presuponemos que es posible pensar con otros.

En cuanto a lo que es filosofar, se considera a la indagación, la pregunta, la duda, la puesta en cuestión, como aquello que nos abre mundo, la forma a través de la cual el pensamiento inicia un movimiento de apertura hacia la realidad. Jaspers designa como primer origen de la filosofía el preguntar por lo que desconocemos (“el asombro”). En las prácticas filosóficas, la indagación juega un papel análogo: buscar nuevas formas de nombrar, de decir las cosas, para rodearlas y acercarnos a lo que hasta ese momento se nos aleja. En el filosofar hay creación por parte de quien piensa; quien filosofa, crea con su pensamiento.

---

### **¿Hay un límite entre lo que es y lo que no es filosofía?**

Siempre dar una respuesta a lo que es la filosofía, es ya un problema filosófico. En cierta medida, preguntar cuáles son sus límites me pone en juez de lo que es y lo que no, o quizás, de lo que debe ser y lo que no. Es un lugar que quizás no quiera ocupar, ¿ser juez como si el pensamiento fuera estanco, como si pudiera tomarle una fotografía para determinarlo? Tengamos presente la idea de Deleuze de una trama, los conceptos deben poder ser creados en una trama en la que se superponen, sin límites definidos, idea que más adelante retomaré. Quizás este titubeo tenga que ver con que el pensamiento “se mueve”, con que los límites entre lo que es y lo que no es filosofía son difusos, movibles, trasladables.

Frente al planteo ya habrá quienes se afirmen de un lado u otro. Proponemos aquí hacer el intento de *pensarlo*.

Para la diferencia entre un debate cualquiera y un debate filosófico, rápidamente discernimos cuándo una conversación se volvió estéril, porque coincidimos todos o porque no da lugar a algo diferente de lo que se da por sentado. Lo que nos impele, nos llama la atención, nos interpela, es aquello que de algún modo no esperábamos, no podíamos anticipar, lo que nos ocurre sin más y, sin duda, esto es lo que nos transforma, lo que nos hace ser, cada vez, nosotros y otros, los mismos y diferentes de los que éramos. Y con esta irrupción de lo “desconocido”, de lo no anticipado, surge el cuestionamiento. Aventurar esta rápida respuesta nos conforma un poco. Pero no llegamos más allá que a la superficie del problema.

Nos preguntamos por el límite, por lo que separa. Podemos intentar la distinción atendiendo a la cosa que se piensa, lo pensado, la materia del pensamiento, o al modo en que pensamos la cosa (¿aunque pueden separarse ambas?). Al intentar respondernos, inevitablemente, alcanzamos los presupuestos respecto del filosofar.

Deleuze propone diferenciar a la filosofía de un prejuicio (y hasta quizás un vicio, si pensamos en lo propensos que estamos a responder cuando se nos pregunta, desprevenidamente, qué es la filosofía); filosofía no es reflexión, filosofía no es

contemplación. El músico reflexiona sobre su música y no necesita a la filosofía para ello. Filosofía es crear conceptos (Deleuze, 1993, p. 12)

Pensar sobre diversas cosas distaría de filosofar ¿en qué punto?

¿Qué es propiamente lo que distingue el filosofar de otro tipo de reflexión?  
Nietzsche acentúa la labor crítica que debe tener la filosofía de su propia tradición:

*“Los filósofos ya no deben darse por satisfechos con aceptar los conceptos que se le dan para limitarse a limpiarlos y a darles lustre, sino que tienen que empezar por fabricarlos, crearlos, plantearlos y convencer a los hombres de que recurran a ellos. Hasta ahora, en resumidas cuentas, cada cual confiaba en sus conceptos como en una dote milagrosa procedente de algún modo igual de milagroso”* (Nietzsche, Póstumos 1884-1885, cit. por Deleuze, 1993, p. 11)

La actitud crítica, cuestionadora de lo establecido, de lo que se da por sentado, el asombro frente al mundo, la inquietud. En este “asombrarse” o hacer como si nada se diese por descontado, Deleuze ve una determinación débil de lo que es la filosofía por no encontrar una ocupación poco definida. Por ello pone en la creación la tarea propia de la filosofía, la que le otorgaría una “utilidad” y un sentido para quienes ven ella meramente la ociosidad, las nubes, la abstracción discontinua de la realidad, la desvinculación con la vida práctica. Filosofía es la creación de conceptos: antes de conocer mediante conceptos, éstos deben ser creados, y aquí, la relación con la vida práctica es otra: el pensamiento impregna todo acontecimiento, detrás de las instituciones de la política, de las relaciones de poder, hay un pensamiento que los anima, un sistema conceptual que los sostiene.

En la práctica del café filosófico, se trata además de filosofar, de *filosofar con otros*, esto es de la posibilidad de dialogar filosofando o filosofar dialogando. Pensar junto con otros implica, no pensar lo mismo que el otro piensa, sino ejercer el pensamiento en torno a un ámbito conceptual compartido.

Siguiendo a Deleuze en *¿Qué es la filosofía?* nos encontramos con un límite en torno a la “comunicabilidad” del pensamiento, que versaría sobre “opiniones”, para crear “consenso” y no concepto: *“La idea de una conversación democrática occidental entre amigos jamás ha producido concepto alguno”* (Deleuze, 1993, p. 12). Nos encontramos con lo que aparenta contradecir la posibilidad de que pueda haber *filosofía* en un *café filosófico*. Aunque aquí habría que preguntarse si la novedad que surge a partir de la diferencia puede darse cuando el encuentro es en el diálogo con otro. ¿Podemos “crear conceptos” con otros, esto es, en el diálogo, en la posibilidad de la palabra que dice y se dice a otro? Atención, no se dice aquí “juntos”, de modo tal que entre todos construyamos algo. Sino que la creación se de a partir de la diferencia que se manifiesta en la práctica dialógica. No estamos solos: mantenemos un diálogo permanente con los otros y con el mundo.

En un diálogo filosófico suponemos, en principio, que es posible establecer un plano u horizonte sobre el cual todos podemos movernos, lo cual no quiere decir meramente “comprender” lo que el otro dice, sino poder *escuchar*, para poner en

juego con aquello dicho lo que se tiene por decir; que de la diferencia elemental de los conceptos que se juegan, pueda surgir lo nuevo: la transformación del concepto, lograr la movilidad conceptual, no se trataría aquí de “consenso” como “crear entre todos”, sino crear a partir del contraste de perspectivas, un nuevo concepto, un nuevo sentido –en lo que encontraríamos una movilidad del concepto a partir de los elementos diferenciales de cada perspectiva, desde cada punto de vista.

Se trata entonces de que pensar con otros, si es que esto se puede, posibilite la creación de sentidos nuevos para una idea, de que aparezca en una idea un nuevo sentido para mí: como algo que me interpela, que me acontece. Utilizo la referencia al sí mismo para afirmar que el pensar se da en la singularidad del hombre, insistiendo en diferenciar el “con otros” del “juntos” o “entre todos”, que revestiría el carácter de “lo mismo”: hacer lo mismo, o en este caso, pensar lo mismo.

En la práctica del pensar con el otro, suponemos en la tarea del pensar la posibilidad de desnudar el acervo conceptual que poseemos, identificar los elementos propios de los conceptos que manejamos, hacer una genealogía de los conceptos que utilizamos discursivamente y que sostienen los diferentes modos de ver el mundo, la ligazón de éstos con el modo en que pienso; estas tareas como preliminares y condiciones posibilitantes de la creación de conceptos.

### ***¿Cualquiera puede hacer filosofía? ¿es para todos?***

“*Para todos y para nadie*”, así se lee por lo bajo en el título del Zarathustra de Nietzsche. La filosofía, el pensamiento creador, la indagación profana a las verdades eternas, es para todos y para nadie.

Tratándose la filosofía de algo que pertenece a la condición del hombre, solemos dar por supuesto que *todos podemos* filosofar, pero aún más, que todos *sabemos* lo que es filosofar (tal como Descartes funda la certeza del pensamiento *presuponiendo* que todos ya sabemos lo que es pensar). El filosofar como tal no deja de ser un supuesto en las prácticas de los cafés filosóficos. “Filosofar: reflexionar, contemplar, indagar”, ¿pero es eso filosofar? Una de las principales peligros de estas prácticas dialógicas se trata de caer en la superposición de monólogos, en discursos acrílicos o posturas dogmáticas. Reservémonos, aunque sea en el silencio, una respuesta más digna, más aristocrática en el sentido nietzscheano, para la filosofía. Nos lo preguntaremos una y otra vez: ¿hay un único modo de filosofar? ¿quién decide qué es la filosofía? ¿quién puede juzgar quién filosofa y quien no?

Heidegger realiza una distinción entre el pensar técnico (lógica) y el pensar como aquello del que el ser es capaz: querer como la esencia del pensar.

“*Paulatinamente, la filosofía se convierte en una técnica de explicación a partir de las causas supremas. Ya no se piensa, sino que uno se ocupa con la «filosofía». En mutua confrontación, esas ocupaciones se presentan después públicamente como una serie de... ismos e intentan superarse entre sí*” (Heidegger, 1972, p. 69).

No se trata aquí de oponer una “actitud” filosófica a otra, no se trata de hacer confrontar la filosofía en el sentido más tradicional del término, como aquella cuya labor se reserva a los académicos, frente a una filosofía transgresora, que transpone los límites académicos hacia un “no-lugar”. Sino de pensar qué es lo que nos pone en condiciones de filosofar, si es que existen tales posibilitantes; quiénes filosofan. Parece hasta una pregunta que ronda la obviedad o el sinsentido, pero una pregunta que, al fin, seguimos preguntándonos.

Quizás la posibilidad de una filosofía para todos o para algunos, gravitaría en *la voluntad* de cada quien: *querer* cuestionar, *querer* poner en cuestión. No se trata entonces de algo que simplemente se pueda o no, porque, claro está, todos pensamos, todos podemos preguntarnos, todos más o menos pueden hablar sobre tal o cual tema y exponer lo que se piensa. El querer se relaciona con aquello que hace que algo se manifieste, se haga presente, que se afirme así mismo como tal, y que también arriesgue algo. Nietzsche y Heidegger pueden aquí ilustrar a qué querer estamos refiriendo la filosofía:

*“Semejante querer es la auténtica esencia del ser capaz, que no sólo logra esto o aquello, sino que logra que algo «se presente» mostrando su origen, es decir, hace que algo sea. La capacidad del querer es propiamente aquello «en virtud» de lo cual algo puede llegar a ser. Esta capacidad es lo auténticamente «posible», aquello cuya esencia reside en el querer. A partir de dicho querer, el ser es capaz del pensar. Aquél hace posible éste”* (Heidegger, 1972, p. 68).

Para Nietzsche el querer es la fuerza llevada a su plenitud, una fuerza que debe manifestar todo lo que ella es, y que no debe ser separada de su poder (Deleuze, 1971, p. 59).

El pensar filosófico se trata de una fuerza que está allí sin más. De una interpelación. Filosofar implica *querer filosofar*, quedar a la intemperie, no quedarse con una imposición del mundo: el mundo que vemos es el que nos enseñaron a ver; arriesgarse a la soledad del pensar. El que filosofa se arriesga a una forma de pensamiento: un estar parado frente al mundo, un modo de relacionarse con él, un modo de mirarlo; se trata de un pensamiento que no se desvincula de un modo de vida, a esta vinculación práctica entre pensamiento y acto es lo que comúnmente se le llama “actitud filosófica”.

Repensemos la relación entre lo posible y lo real. No es lo posible que exige ser realizado, sino la realidad que exige volverse posible. No es la posibilidad de filosofar (“todos podemos”) la que nos lleva a hacerlo, sino la creación de sentidos, la indagación, las que se hacen posibles en nosotros.

Hasta aquí hemos encontrado dos palabras fuertes, *crear* y *querer*. Y una condición que se hace patente en quien filosofa. Querer crear. ¿Qué implicancias tiene esta fuerza que se presenta sin más? Implica poner en tela de juicio nuestros presupuestos, lo que creemos “obvio” (“como debe ser”) está cargado de supuestos morales, políticos, religiosos: detrás de toda obviedad hay un pensamiento que la anima. Ser capaces de desenmascararlo y procurar que lo que

se acepta como evidente, ya no sea tan evidente. Desembarazarse del peso de la tradición (pensemos en la imagen de las tres transformaciones del Zaratustra).

¿En qué estribaría la novedad en el pensamiento, de la que hablamos? En la posibilidad de que algo cambie. Quien filosofa pone al desnudo la valoración impuesta por “un” modo de pensar para cuestionarlo. Quien pregunta abre la diferencia en el pensar. Quien abre la diferencia, saca al pensar del binomio verdadero-falso o bueno-malo para introducir allí un tercer valor: la creación.

Sostiene Foucault que: “ *A partir del momento en que se empieza a no poder pensar más las cosas como se las piensa, la transformación se vuelve a la vez muy urgente, muy difícil y completamente posible*” (Foucault, “¿Es importante pensar?”, entrevista con D. Eribon, cit. por Celetti & Kohan, 1996, p.106). Nosotros ya no podemos pensar las cosas como las pensábamos. Por eso El Oráculo tiene un pretexto: queremos crear espacios para preguntarnos si el pensar con otros es posible, e intentarlo.

## BIBLIOGRAFÍA

CERLETTI, Alejandro y Walter Kohan. **La filosofía en la escuela. Caminos para pensar su sentido.** Universidad de Buenos Aires, 1996.

DELEUZE, Gilles. **Nietzsche y la filosofía.** Anagrama, Barcelona, 1971.

DELEUZE, Gilles Y Félix Guattari. **¿Qué es la filosofía?** Anagrama, Barcelona, 1993.

HEIDEGGER, Martin. **Carta sobre el humanismo y El existencialismo es un humanismo.** Huascar, Buenos Aires, 1972.

HORKHEIMER, Max. **Teoría Crítica.** Amorrortu, Madrid, 2003.

NIETZSCHE, Friedrich. **Más allá del bien y del mal.** Alianza, Buenos Aires, 1986.

---

(1) Silvana Vignale es estudiante avanzada del Profesorado en Filosofía, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo, Mendoza, Argentina. Ejerce la docencia en el Tercer Ciclo de la Educación General Básica y en Polimodal. Trabaja en proyectos relacionados a la filosofía con niños. Creadora y coordinadora, junto con Mariana Alvarado, del Café Filosófico El Oráculo en Mendoza. Email: silvanavignale@hotmail.com